



EL DUENDE VERDE

# CLAUDIA Y EL MAGO LEOPOLDO

M.<sup>a</sup> Carmen de la Bandera

Ilustración: Claudia Ranucci



ANAYA



EL DUENDE VERDE

M.<sup>a</sup> Carmen de la Bandera

**CLAUDIA  
Y EL MAGO  
LEOPOLDO**

Ilustración: Claudia Ranucci

## QUERIDO LECTOR

Nuevamente tenemos a Claudia contándonos sus cosas. Ahora está en 5.º de Primaria. Se ha metido en un grupo de teatro y ahí puede dar rienda suelta a sus fantasías.

A su madre y a su abuela Pepa (la Bruja Azul) les cuesta trabajo hablar de su abuelo, el gran mago Leopoldo, que murió siendo joven, y a ellas les trae recuerdos, pero Claudia descubre unos papeles que hablan de él.

A partir de ese momento queda fascinada con la historia y se da cuenta de que puede ser su heredera. Así se lo comenta a su abuela, quien le dice que no es fácil. Para ser maga se necesitan poderes y voluntad para adquirir destreza. ¿Lo conseguirá? Si sigue los consejos de su abuela, es posible.

En el colegio ha tenido algún que otro problema, aunque hay que reconocer que ella no tuvo la culpa. La relación con el nuevo tutor es muy buena. Parece que su

amiga Flor ya no es la más íntima, ahora es Vero y otras niñas nuevas.

Como es muy decidida, a veces se mete en aventuras peligrosas. Lo de Edu... bueno, no te lo cuento, lee el libro y te enterarás.

Si nos conocemos, ojalá nos volvamos a ver, y si no, con un poco de suerte, a lo mejor voy a tu cole.

Un beso.

A handwritten signature in black ink, enclosed in a hand-drawn oval. The signature reads "M.º P. del Kauder" and is followed by a long, wavy flourish.

## EL MAGO LEOPOLDO

*A mi nieta Claudia.  
Recuerda que leer es divertido.*

**NO** tuve más remedio que aceptar las condiciones que me impusieron papá y mamá; ellos sabían las ganas que tenía de hojear los libros del nuevo curso, por eso me dijeron:

—Nada de libros mientras tengas el cuarto como una leonera.

Lo peor era que los dos estaban de acuerdo, así que no había escapatoria. Tengo que reconocer que, aunque me sonó un poco a chantaje, llevaban razón.

Cuando llegamos de las vacaciones, dejé la ropa sobre una silla. Al día siguiente me faltó tiempo para llamar a Flor. ¡Tenía tantas cosas que contarle! Ella también tenía ganas de verme, y quedamos en el parque que está enfrente de casa. Nada más vernos, nos dimos un abrazo y enseguida empezaron los relatos. Le conté lo de la carta de Edu.

—¿Que Edu te escribió?

—Sí.

—¡No me lo puedo creer! Eso es que está coladito por ti.

—No creo, porque era una carta muy sosa. Se despedía solo con un «adiós», ni siquiera un beso.

—Porque es un cortado.

Cuando yo le contesté sí que le dije «Adiós, un beso». A mi amiga Lola le pareció la cosa más normal del mundo.

—Pues claro, hija, como tiene que ser —entró la risa—. Pareces una niña pequeña diciendo estas cosas.

Me dio rabia el comentario y a punto estuve de no seguir hablando. Me quedé callada y ella aprovechó para contarme lo suyo.

Había estado quince días en un hotel de Benidorm, como todos los años. En la piscina hizo amigos: dos chicos de Madrid y una chica de Ciudad Real: ha quedado en verse con los de Madrid, lo malo es que viven por Moncloa y eso está muy lejos de nuestro barrio, así que hay que coger autobús y metro, y seguro que no le dejan. Siguió contando que

eran muy simpáticos, y que le gustaba uno de ellos.

Yo aún estaba con mi medio enfado y no quise comentar nada. Le dejé que hablara hasta que se me fue pasando. Entonces tomé el relevo y le conté lo de la excursión a Chipiona por la playa desde Sanlúcar. Se sorprendió cuando le dije que había encontrado, en una casa medio derruida, una gata recién parida con un gatito en la boca, que es la forma que tienen los gatos de transportar a sus hijitos. Le comenté lo antipática que fue Susana, la amiga de mi hermano, que me utilizó para que le dejaran sus padres y luego no me hizo ni caso. Lo de mi cumpleaños... En fin, lo más importante del verano, que era mucho<sup>1</sup>.

Así se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta, y como llegué un poco tarde, en casa tuve caras largas.

Al día siguiente llamó Verónica, y me ofreció para ir a por el pan, una excusa como otra cualquiera para encontrarme con ella. Lo mismo que con Flor, nos llevó un buen rato ponernos al día.

<sup>1</sup> Lo cuento todo en *Claudia, aprendiz de bruja*.

Por la tarde fuimos a Leganés a ver a los abuelos Fermín y Paloma. Total, que con unas cosas y otras, el cuarto seguía hecho una pena.

A la abuela le dije que no querían comprarme los libros, para ver si se aliaba conmigo y ablandaba el corazón de los que me hacían chantaje. Se sorprendió:

—Carlos —le preguntó a papá—, ¿por qué no le compráis los libros a la niña?

—Mira, Claudia —me reprendió papá—: no hay mayor mentira que una verdad a medias. Dile el porqué.

Cuando la abuela se enteró, le dio la razón a papá; no me salió bien la jugada, al contrario, había un nuevo aliado en mi contra.

—En cuanto llegues a casa recoges el cuarto, y sin rechistar —me dijo.

Aunque de mala gana, así lo hice: la ropa interior y las camisetas en los cajones, los vestidos y pantalones en perchas colgadas en el ropero. Los zapatos y las zapatillas me costó acoplarlos debajo de los cajones.

—¿Ves como ahora está mucho mejor? —dijo mamá después de pasar revista.



—Sí, pero es un rollo hasta que se ve todo ordenado.

—¿Y esto qué es? —dijo la supervisora en tono de enfado mientras abría el mueble donde guardaba los libros, los trabajos que había hecho durante el curso y todos los papelotes habidos y por haber. Cayeron en cascada los desperdicios acusadores.

—Es que no caben.

Dije lo primero que se me ocurrió.

—¡Naturalmente! Con este desorden, no me extraña. ¿Y es aquí donde quieres poner los libros nuevos?

—Sí.

—Tienes un morro que te lo pisas. Ahora mismo lo recoges todo. Los papeles que no sirvan, a la papelera; los que quieras conservar, en una carpeta; los libros, en esta estantería donde están los de otros cursos. Con una bayeta, limpias el polvo por dentro. Cuando todo esté en orden, entonces tendrás los nuevos libros.

Lo dijo todo seguido, casi sin respirar, y en un tono tan autoritario que no me dio otra opción que la de obedecer.

Refunfuñando por dentro, de mala gana, seguí la operación limpieza. Papel por papel, como había ordenado la sargento (mi madre).

Mira por dónde, después de todo, me alegré, porque entre tanto revoltillo salieron unas fotos de mi abuelo Leopoldo, el mago, el padre de mamá, junto a recortes de periódicos que hablaban de él. Recordé que me los había dado la abuela Pepa —la Bruja Azul<sup>2</sup>— cuando vino a pasar las Navidades con nosotros. Como soy un desastre, los dejé en aquel alboroto de papeles donde era imposible encontrar nada. ¡Qué alegría! Si no hubiese sido por la autoridad competente —mi madre—, ahora esos recuerdos tan valiosos estarían en el contenedor de reciclaje. Es verdad que la Bruja Azul tenía los originales, y que aquello eran copias, pero aun así la hubiese defraudado, y ella confía mucho en mí.

Miré las fotos. Eran variadas. Se veía a un hombre alto, moreno, el pelo liso, melena corta, barba y bigote muy cuidados, mirada y son-

<sup>2</sup> Le puse ese mote porque se pinta el pelo de azul y tiene poderes de bruja buena.

risa misteriosa como corresponde a un mago. Después de mirar y leer todo con atención, llamé a mamá para enseñarle el hallazgo.

—No sabía que guardabas esto. ¿Desde cuándo lo tienes? —preguntó sorprendida.

—Me los dio la abuela Pepa cuando vino en Navidades.

No le confesé que casi terminan en la papelera.

Estuvo un rato mirando, revisando sin decir una palabra. Yo respeté su silencio porque sabía que todo aquello le traía grandes recuerdos.

—El abuelo Leopoldo era un hombre extraordinario. Uno de los mejores magos del mundo. Fue una pena que no lo conocieras. Tú tenías solo dos meses cuando murió.

—¡Qué pena, me hubiese gustado conocerlo!

—Naturalmente, pero la vida a veces es así de injusta —le brillaban los ojos. Después de unos segundos de silencio, continuó—: La abuela Pepa quedó muy afectada, porque se amaban y estaban muy compenetrados en el trabajo. La Bruja Azul, como tú la llamas, era la ayudante perfecta: guapa, discreta, inteli-

gente. Cuando él se fue, estuvo durante un tiempo muy deprimida; no quería salir, se negaba a abandonar esa casa tan llena de recuerdos. Conseguí que se viniese con nosotros durante una temporada. Lo hizo de mala gana, ya sabes lo independiente que es. Tú fuiste un bálsamo para su tristeza; se pasaba ratos mirándote con ternura y decía suspirando: «¡Una vida se acaba y otra empieza!».

Mamá aguantó las lágrimas. Al fin, se encontró con fuerzas y accedió a mis ruegos. Me contó cosas, algunas ya las conocía por mi abuela, pero me seguían sorprendiendo aunque me las repitieran mil veces:

—A los siete años, mi bisabuelo le regaló a Leopoldo una baraja de cartas y le enseñó a hacer algunos juegos de manos. También a mi bisabuelo le iba el rollo de la magia, y era bastante diestro con la baraja, pero solo se lucía en algunas fiestas familiares. Eso fue suficiente para despertar en el niño la afición. Con solo ocho años sorprendía a todos con su habilidad. Alternó los estudios de bachillerato en Sevilla, donde vivía, con la profesión de tendero, ayudando a su padre en la tienda de te-



las de la calle Puente y Pellón. El poco dinero que le daban en la tienda se lo gastaba en libros de ilusionismo y magia. Leía las vidas de los grandes magos, como la del gran Houdini, el argentino René Lavand, David Devant...

»Desde los quince años se perdía por la noche sevillana frecuentando bares y garitos donde le dejaban demostrar su poder y habilidad. Por más que él trataba de tranquilizar a la familia de que no hacía nada malo, sus padres consideraron que no era la vida más adecuada para un jovencito de su edad, y terminaron por prohibirle tajantemente las salidas nocturnas. A regañadientes, obedeció, pero en cuanto cumplió los dieciocho años se marchó a Madrid con sus libros de magia y sus ilusiones. Sus padres se llevaron un disgusto tremendo, porque habían previsto que el hijo continuase con el negocio paterno.

»Llevaba algún dinero que tenía ahorrado, pero pronto se le terminó y tuvo que trabajar en lo que salía: cargar camiones, repartir pan, servir copas... y por las noches, igual que hacía en Sevilla, buscar algún local, lucir sus habilidades y darse a conocer. Pasó momentos

muy malos, tanto que alguna vez pensó en dejar todo aquello y volver a la vida cómoda de Sevilla, donde sus padres gozaban de una buena posición y le hubiesen recibido con los brazos abiertos. Por otra parte, su orgullo y sus deseos de triunfar no se lo permitían, así que decidió aguantar: volvería a su tierra siendo un mago famoso.

»La ocasión se le presentó una noche en uno de los garitos en los que actuaba por cuatro perras. Al terminar la sesión, se le acercó un espectador joven, casi de su misma edad, le preguntó que dónde había estudiado magia y él respondió que en ningún sitio, que había aprendido todo en los libros que él mismo compraba. “Es sorprendente, chico, tú tienes poderes de mago. ¿Conoces la Sociedad Española de Ilusionismo?”, le preguntó. “No —contestó él—. Me han hablado de ella, pero no sé dónde está”. “Yo te llevaré”, dijo el joven.

»A partir de este encuentro casual, su vida cambió. Junto a Héctor, que así se llamaba su nuevo amigo, también aprendiz de mago, se dirigieron a la sede de la Sociedad Española de Ilusionismo, que estaba en una habitación

de un pequeño piso perdido en el laberinto de Madrid. Allí fueron los dos jóvenes, cargados de ilusiones, pidiendo que les dejaran pertenecer a dicha sociedad. Pero la cosa no era como ellos se habían imaginado: allí no entraba cualquiera.

»El hombre que los recibió detrás de una mesa tenía cara de pocos amigos y apenas miró a los jovencitos que esperaban. Cuenta mi madre que Leopoldo, que siempre llevaba una baraja de cartas en el bolsillo, la sacó y con una sola mano, abriéndolas en abanico, realizó varios movimientos e hizo que una de las cartas volara hasta meterse dentro de un libro que había sobre la mesa. Lo hizo con tal habilidad y rapidez que sorprendió al hombre, y a partir de ahí no tuvo más remedio que tomarles en serio. Héctor aprovechó el momento para sacar de un sombrero que encontró en la percha multitud de monedas que sirvieron para celebrar entre los tres el feliz encuentro. Fue el comienzo de una gran amistad y una brillante carrera.

»Leopoldo aprovechó bien los estudios y llegó a ganar el Premio Internacional de Carto-



magia. Cuando ya era un mago famoso, volvió a su querida Sevilla. Sorprendió a todos, y en una de las actuaciones conoció a tu abuela: de un flechazo entre ellos nació un amor que duró toda la vida. Tus bisabuelos, los padres de la Bruja Azul, no querían esa relación porque ellos eran una familia muy respetada en la ciudad, y eso de que su hija fuese la mujer de un medio brujo no les gustaba. Pusieron toda clase de trabas, pero al final triunfó el amor. Se casaron en la iglesia de El Salvador de Sevilla. Cuentan las crónicas que fue la novia más guapa que se había conocido hasta entonces.



»Viajaron por el mundo entero, hasta que un día, sin que nadie lo esperase, la muerte se llevó al gran mago Leopoldo».

Cuando mi madre terminó de recordarme aquella historia tan maravillosa, me sentí feliz: había valido la pena remover y ordenar los papeles. Yo, Claudia, con diez años recién cumplidos, que quería ser actriz y maga, llevaba en las venas la sangre, la herencia, los poderes de un gran mago y de una bruja maravillosa.